

Del asombro a la alabanza

Fernando Torre, msp.

¡Qué maravilla! ¡Qué belleza! ¡*Guau!* Decimos expresiones como éstas cuando contemplamos un cielo estrellado o la pintura de un artista; cuando escuchamos el canto de los pájaros o una sinfonía; cuando percibimos el perfume de una flor, disfrutamos un alimento o experimentamos una fresca brisa en un día caluroso; cuando conocemos a una persona admirable...

Cuando nos vemos invadidos de asombro ante la belleza, casi de manera espontánea de nuestros labios sale una exclamación.

Dios nos ha dado la capacidad de percibir y disfrutar la belleza; por eso la belleza nos fascina y provoca en nosotros una experiencia placentera.

El peligro está en quedarnos en nuestro gozo o en la persona o la cosa bella, sin descubrir allí al «Autor de la belleza» (Sb 13,3). Es idolatría venerar y adorar la criatura en vez del Creador (cf. Rm 1,25).

Dios es belleza; donde hay belleza, allí está Dios. Para encontrarnos con Dios, basta con abrir los sentidos y dejarnos cautivar por la belleza contenida en la naturaleza, en las personas y en las obras humanas.

Tras haber descubierto en la belleza al Creador de ella, nuestra exclamación de asombro se transforma en alabanza; pasamos del «¡qué maravilla!» al «¡qué maravilla *de Dios!*»

Alabar a Dios es un acto de humildad, una profesión de fe y una excelente forma de agradecer.

En la Biblia encontramos gran cantidad de alabanzas o de invitaciones a alabar: «Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca» (Sal 34,2); «Aplaudan, pueblos todos, aclamen a Dios con gritos de júbilo» (Sal 47,2); «Proclama mi alma la grandeza del Señor» (Lc 1,46).

Podemos expresar nuestra alabanza de diversas maneras, la más común es la exclamación; pero también podemos alabar a Dios alzando nuestras manos, aplaudiendo, cantando, danzando...